



SUMARIO.

6 *Texto.*—Las Hermanas de la Caridad.—Crónica, por Fernando Costa.—Los criminales, por L. Reybaud.—Aventuras de Chirivitas.—Pensamientos de un bebedor, por C.—La Primavera.—Pascua: Puerta de la iglesia durante la Misa, por Vite-Celom.—El capitán Erradio, por A. Montaut.—A la inspiración, (poesía) por Joaquín Olmedilla y Puig.—Soliloquios amorosos de un alma a Dios, traducidos del latín, por Lope de Vega (continuación).—Sección amena.—Los toros.—Grabados.—Las Hermanas de la Caridad.—La primavera.—Pascua: Puerta de la iglesia durante la Misa.—Los toros.
CUARTOS NÚMERO SUELTO.—MADRID Y PROVINCIAS.

CALENDARIO DE LA SEMANA.

Domingo...	4	S. Isidoro, arz. de Sevilla.
Lunes.....	5	S. Vicente Ferrer, conf.
Martes.....	6	S. Marcelino mr.
Miércoles...	7	S. Epifanio, ob. y mr.
Jueves.....	8	S. Amancio, bto. Julian.
Viernes.....	9	Sta. Casilda, virg.
Sábado.....	10	S. Terencio, mr.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España con opción al regalo de la carpeta.—Un año, 32 reales.
Colonias Españolas y Extranjero.—Un año, 80 rs.
En las demás naciones fuera de Europa.—Un año, 100 rs.
Se suscribe en su Administración, calle de Prim, 33, bajo, y en las principales librerías del reino y extranjeras.
ANUNCIOS.—Para la segunda mitad de la última plana, 2 reales línea.

MADRID Y PROVINCIAS.—NÚMERO SUELTO,

6 CUARTOS.

AÑO III.—DIRECTOR, D. F. COSTA.

Madrid 4 de Abril de 1869.

ADMON., CALLE DE PRIM, 33.—NÚM. 5.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

El grabado que publicamos y que reproduce el cuadro de M. Gautier, titulado *Las Hermanas de la Caridad*, hace recordar los grandes servicios que han prestado á sus semejantes, en las epidemias y situaciones mas calamitosas, estas almas grandes y generosas que, con una abnegación laudable, han servido de apoyo y consuelo á los desvalidos.

Todos nuestros lectores recuerdan la última epidemia del cólera, y muchos de ellos habrán tenido ocasión de observar el celo y la abnegación con que esas dignas sucesoras de San Vicente de Paul, impulsadas por el deseo de hacer el bien, acudían á la buhardilla del pobre y prodigaban á los enfermos, sin temor al peligro, la mas cuidadosa asistencia, á la vez que los tranquilizaban con cariñosos consuelos. Esto mismo nos hace comprender los beneficios de la sociedad,

sin la cual no podría ejercerse esa santa virtud que el cristianismo ha llamado caridad.

Aísele el hombre de sus semejantes, y déjesele abandonado á sí mismo; el desgraciado sucumbirá, ó bien, como hacen los brutos y aun los desdichados salvajes del Norte, se verá reducido á cavar en la tierra un agujero, semejante á una tumba, y á enterrarse en él, lleno de susiedad y de molestias, y alejado del aire libre y de la luz del cielo. Esta sería una suerte miserable.

Pero hágase mas; déjese á este hombre entre los demás hombres, y quítesele la mejor parte del fruto de su trabajo, ó póngasele fuera del estado de poder trabajar útilmente, y aun privesele de toda ayuda y protección, y hasta de los auxilios que en las situaciones precarias le prestarían las hermanas de la Caridad, y entonces la suerte de este hombre será también digna de compasión.

El invierno aumenta las necesidades del hombre, y si en esta época se recorren las habitaciones del pobre, se encuentra á muchos desgraciados cubiertos de harapos y respirando un aire infecto y mal sano, privados de lumbre con que calentar sus ateridos miembros y careciendo hasta de pan con que mantenerse y alimentarse, ó algunos desventurados que yacen en el suelo estenuados por el hambre, y juntándose unos á otros para hacer menos riguroso el frío, están á punto de perecer de miseria... y la caridad de sus semejantes acude en su ayuda y les salva.

La caridad ordena que se abran las puertas de los lugares de las delicias para que dejen salir una parte de los bienes que están allí acumulados en grande abundancia, y que se trasporten á la buhardilla del pobre.

La caridad manda que se recojan al menos las migajas de los festines y se ofrezcan al desdichado Láza-



LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

ro, á fin de apagarle el hambre que le devora y calmarle sus sufrimientos.

La caridad, en una palabra, exige que se socorra al pobre y se alivien las penas al desgraciado.

Las hermanas de la caridad han demostrado cuán beneficiosa es esta virtud.

Pobres enfermos que no tenían familia y se veían abandonados á sí mismos, han sido socorridos y consolados por otras personas desinteresadas, que, poniéndose á la cabecera de su cama, han satisfecho sus necesidades y les han libertado de la enfermedad que amenazaba llevarles al sepulcro.

La virtud mas santa es la caridad.

CRONICA.

Pasó la santa semana, pasó la Pascua, y hétenos aquí mas alegres que unas pascuas.

Estamos alegres, ¿por qué? No lo sabemos. Pero quizás sea por aquello de que cuando el español canta....

La primavera empieza á asomar la punta de sus rosados dedos; pero aun no se atreve á lucir sus risueñas galas.

Presentan este año con nieves y frio.

No puede darse mayor oportunidad.

El frio es hoy de una inmensa utilidad. Si en el estado en que se encuentran los ánimos hiciese calor.... ¡Ayúdeme V. á sentir! Cuando leo los artículos de *La Igualdad* y demás colegas adelantados, miro al termómetro y me consuelo, viendo que marca cero grados.

Saludo, pues, como cumple á un galante caballero, á la joven primavera.

Soy en todo cortés; y civil en todo, menos en el matrimonio. Eso no, no me gustan los concubinatos deshonestos, como dijo el Sr. Romero Ortiz, despues de cuatro meses que *funcionaban* en Reus y otras partes.

En medio de todo, es una cosa muy cómoda y sencilla.

Veó á una muchacha que me gusta; me encasqueto el gorro frigio; predico la abolición de suegras y de gastos inútiles, la llevo á presencia del alcalde; este caballero nos hace algunas preguntas, el escribano extiende el acta; nos recuerdan aquello de *crecite et multiplicamini*, y asunto concluido.

El matrimonio civil, es, sin embargo, una legítima consecuencia de la libertad de cultos.

Hé aquí una libertad que, entre paréntesis, nos ha causado y nos causará no pocos malos ratos.

Los taberneros, temerosos de que el vino use de la libertad y se haga moro, se apresuran á bautizarle de un modo inusitado.

El precio de la carne sube para hacer competencia al jamon, manjar aborrecido del judío.

El público y las empresas adoran al dios *can-can*; el pueblo á *Baco* y á *Marte*; los bolsistas á *Mercurio*; algunos políticos á *Momo* y los empleados al dios *Pan*.

Minerva anda de capa caída y no puede sostener la competencia con *Venus*.

Las *bacantes* esperan una nueva manifestacion, y *Caco* tiene muchísimos adoradores.

Los teatros siguen *in statu quo*. En el Circo se hacen dramas en italiano. En la Zarzuela *Peinan* la *Barba azul*, operata bufa de Offembach; y el aristocrático teatro Español se burla del *can-can*, como sus actores del arte dramático.

Los tahures siguen usando y abusando de sus dere-

chos individuales y del lamentable descuido del Gobierno.

La *timba* ostenta sus inmorales guaridas en las principales calles de Madrid. Si se confunde la libertad con el libertinaje, y no se pone remedio para evitar esta confusion, se dará motivo para hablar (y con razon) á los enemigos del actual orden de cosas.

La gran novedad de la semana ha sido la cacería del general Prim en los montes de Toledo.

Se ignora el resultado de la caza; pero donde menos se piensa, salta la liebre.

Por lo demás, la cosa sigue lo mismo; los carlistas se asoman á la frontera de Francia.

El rey portugués sigue diciendo que no quiere la corona de España.

Los republicanos *enragés* se acercan á las propiedades andaluzas.

Los empleados por ocasion siguen cobrando sus sueldos, y el dia 30 se ha presentado á las Cortes el proyecto de nueva Constitucion.

¿Nó tenemos motivos para estar alegres?

FERNANDO COSTA.

Creemos que nuestros lectores leerán con gusto el siguiente estadio debido á la pluma del escritor francés, Luis Reybaud, el célebre autor de *Gerónimo Paturot*.

LOS CRIMINALES.

En la region del crimen es donde se halla esa escoria social, deshonor de la civilizacion y plaga de las grandes poblaciones. En primer término figura la innumerable serie de los estafadores y rateros, tremendos saqueadores y tácticos consumados; despues viene la clase que no se fia solo de la destreza para perpetrar el robo, sino que va hasta derramar sangre. Los presidiarios y presos cumplidos son casi siempre los autores de estos asesinatos que no se ejecutan aisladamente, sino por decirlo así, en participacion. Cada partida tiene su jefe, sus indagadores, encubridores, en fin, una completa organizacion misteriosa y una gerarquia regularizada. La reparticion del botin se hace con una conciencia que asombra por parte de semejante gentuza. Los cafés, los almacenes de vino y las tabernas, conocidas de la policia y objetos de una vigilancia particular, son los sitios en que se citan estos malhechores para consumar sus atentados. Un robo se considera como una especulacion que se propone, que se negocia y en la que una prima se reserva para el que da la idea y el plan. Una vez en campaña, la partida toma sus disposiciones para descubrir las emboscadas que pudieran tendersele y ponerse al abrigo de las sorpresas. Cada uno tiene su puesto determinado, una funcion que desempeñar y una consigna que cumplir, y en caso de alarma toda la cuadrilla se reúne para oponer mas resistencia ó retirarse en el mejor orden. Son verdaderas campañas emprendidas contra la sociedad, y en las cuales juega un papel esencial la estrategia y la táctica. El arte del robo tiene, como el arte de la guerra, grandes capitanes y generales ilustres. Por lo comun el voto del presidio es quien confiere estos elevados grados, y esta investidura rara vez se ignora fuera de tales asilos.

En esta sabia organizacion del crimen hay una cosa que asombra, y es que no se pueda evitar por actos preparados en los lugares públicos de un modo tambien algo misterioso. Lateralmente á estas partidas de malhechores sostiene la policia con juiciosa vigilancia (no se olvide que esto se escribe en Francia), brigadas de vigilantes que, por medio de ciertas afinidades y del conocimiento del *caló* usado por los criminales, pueden seguir dia por dia, casi hora por hora, los hábitos, modos de vivir, proyectos y pasos de esta poblacion depravada. Despues el garito infecto en el que se abriga por la noche, hasta en la taberna que frecuenta, se puede espiar al cumplido de presidio, observar las relaciones que tiene, y adivinar los proyectos que abriga.

Cuando se comete un atentado es raro que la policia no caiga al punto sobre los culpables; indicios ciertos la guian y obra según ellos. Nada mas recomendable que esa rapidez en la reprension; es una garantía preciosa para la seguridad pública. (Volvemos á recordar que esto se escribe en Francia.) ¿Seria imposible obtener este resultado por medio de medidas preventivas é impedir la ejecucion del crimen, interviniendo á tiempo? Si la ley no autoriza la arbitrariedad aún con los hombres que conspiran contra la sociedad, la policia, sin salir del círculo legal, tiene medios de accion sobre los jefes de las partidas y sobre los malhechores mas audaces. En calidad de cumplidos se hallan sujetos á la vigilancia, y como tales pueden ser desterrados de los puntos en que se hacen peligrosos. Tal vez seria conveniente tomar tambien de la policia de Lóndres algunos detalles sobre la organizacion de una eficacia experimentada. En general las combinaciones se toman en sentido preventivo; en esto se ve la intencion decidida de poner obstáculos á los delitos y crímenes. Es cierto que entre los ingleses este servicio se halla establecido en gran escala, y se emplea un personal imponente; pero todo cuanto se relaciona con la seguridad y moralidad pública, requiere no medidas incompletas y economías mal entendidas. Ningun dinero puede emplearse mejor que en esto, y lo que se añade á la vigilancia se disminuye del presupuesto de las prisiones y reclusiones.

A este último punto debe dirigirse el espíritu de reforma. Desde que el régimen de los presidios y casas de detencion se ha mejorado, ya no inspiran al malhechor ni repugnancia ni temor. La prision ha perdido todo carácter de intimidacion: se le considera como un descanso del crimen. En este recinto donde fermenta tanta inmoralidad, se urden conspiraciones que estallan al terminar la condena. Allí se ha aguzado el puñal que hará un nuevo asesinato; allí está la escuela de violentar las cerraduras y escalar los edificios, medios puestos en práctica en los atentados contra las propiedades y personas. Allí se organizan esas partidas que se hacen tan temibles fuera; esas asociaciones que constituyen una especie de compañía para el asesinato y el robo. Aislados, esas naturalezas no serian peligrosas; y poniéndolos en contacto no se teme aumentar en poder para el mal. Esos seres depravados se parecen á los soldados visfios diseminados; reuniéndolos se hace de ellos un ejército compacto y disciplinado. Desde que un hombre ha pasado en una casa de detencion, bajo la vista y en la esfera de la influencia de los jefes de la falange penitenciaria, desde entonces forma parte de una conspiracion eterna contra el orden legal; rompe con la sociedad para entrar en un mundo aparte, y elévase allí, escalon por escalon, hasta el cadalso. Una vez entrado en un medio de corrupcion, este desgraciado no tendrá ya ni virtud, ni fuerza para contrarrestar los ataques; el contragio lo inficionará, se iniciará en el *caló* empleado por los malhechores; oirá diariamente las relaciones edificantes de los héroes del crimen: sabrán como dirigen sus operaciones; qué engaños emplean para burlar la vigilancia, con qué cómplices cuentan, qué sitios frecuentan. Triste, pero inevitable educacion de la que pocos condenados saben defenderse, y cuyos resultados se manifiestan claramente en las estadísticas de los recidivas.

Solo se conoce un remedio para esta terrible situacion, y es el aislamiento. En estos últimos tiempos se ha adoptado esta medida para la política. Esto es una farsa: se necesitaria conservar al encarcelamiento solitario el carácter que le pertenece, y hacer de él un arma exclusiva para los malhechores. Como se entiende y practica la detencion hoy, es una conjuracion incesante contra la sociedad. Engendra mas atentados que castiga, y parece mas una amenaza que un castigo. Mientras los presos tengan comunicacion entre sí, sucederá lo que decimos. Para los criminales verse y hablarse es conspirar, es fortalecerse en la depravacion. La prision devuelve siempre un hombre mas vicioso que le recibió; las naturalezas mas malas dan allí el tono y se exaltan por el contacto. Todo indica que deben separarse y aislarse los presos. Es el solo medio de disolver las asociaciones subterráneas, de borrar el lenguaje de los presidios y cárceles. Entre

hombres que nunca se han visto no hay conjuración ni pacto posible. El cumplido no hallará ya, al abandonar la chusma, cómplices para perseverar en el mal, zumbones para apartarlos del bien: se entregará á sus instintos é inclinaciones. La reclusión celular, la separación rigurosa de los presos es la única virtud para efectuar esta dispersión del elemento penitenciario, que cada día la cárcel y el presidio introducen en la sociedad. En vano se ensayará sustituirla con ingeniosas combinaciones que dejan insistir, para los moradores de la misma casa de detención, la complicidad de las miras, gestos y palabras. Para que el aislamiento sea eficaz, debe ser completo y el secuestro absoluto. Colocar á los presos en los talleres é imponerles la ley del silencio, tiene el doble inconveniente de crear una violencia odiosa é ilusoria y sostener todos los malos efectos de las comunicaciones actuales. Si se desea seriamente cambiar de régimen, conviene apartar el error y las ficciones.

Por interés de la seguridad pública, es llegado el tiempo de romper los haces que los malhechores han llegado á formar, y de combatirlos con el aislamiento. Una civilización como la nuestra no debe soportar el espectáculo de esa federación del vicio, que tiene puntos de reunión permanentes, jefes, espías, una gerarquía, un código y un idioma. Si como es de esperar el régimen celular rompe una liga tan dañosa, importa no diferir su experiencia. Los adversarios del aislamiento casi no discuten sino de mitigar las penas y de las dificultades de la ejecución. Es fácil conciliar esas disidencias y hallar una combinación que, sin alterar la eficacia de este régimen, tempere sus inconvenientes. Cualquiera que sea por otra parte el modo, es urgente una reforma, sobre todo después que la literatura vá á tomar sus héroes y heroínas en las regiones donde se habla el *caló*. La asociación de los malhechores debe aniquilarse: sepan tomar una medida decisiva y bien pronto no existirá mas que en las novelas.

L. REYBAUD.

LAS AVENTURAS DE CHIRIVITAS.

ESCRITAS POR TODO EL MUNDO.

(Continuación.)

Apenas había empezado esa larga serie de cumplimientos que llamamos vulgarmente despedida, cuando fue interrumpido por la irrupción espontánea de un joven en el gabinete.

—¡Cómo! empezó á gritar al banquero, ¿tiene V. la poca vergüenza de hacerme citar porque no le pago?

—Pero esto me parece bastante justo.

—¡Ah, esta es mi suerte! Tengo una pena de mil demonios para hacerme prestar dinero, y ahora me atormentan para devolverle.

Chirivitas, temiendo ser indiscreto oyendo los negocios de ese caballero, cogió los billetes, los puso en su cartera, é hizo ademán de salir.

El joven que había observado sus movimientos, le cogió por el faldón del gaban y le dijo:

—Présteme V. dos mil reales que me hacen muchísima falta.

—¡Yo no le conozco á V!

—Por eso mismo se los pido, porque si Vd. me conociera no me los prestaría.

Esta razón, no bastando para convencerle, Chirivitas salió saludando, y como tenía tiempo hasta la hora de comer, fué á dar un paseo por los jardines de Recoletos. Llegando delante de la exposición de fieras del circo de Price, entró para ver los leones abisinios. En ese momento el dueño ofrecía cuatro mil reales al que entrase en la jaula del león.

Chirivitas pensó en el robo de su casa de campo, y él, que no había desperdiciado nunca la ocasión de ganar dinero, quiso indemnizarse con esa apuesta, y se presentó para entrar en la jaula.

Gran emoción entre los asistentes. El domador sale á la puerta del circo y anuncia al son del himno de Riego que un hombre va á ejecutar juegos con las fieras, penetrando en el interior de las jaulas. En un momento el circo se llena de espectadores, ávidos de fuertes emociones. El domador, que cree tener en Chirivitas un compañero vestido de paisano, parece poco tranquilo ante la seguridad y la calma de nuestro héroe, cuyo rostro se parece á una bella noche de verano.

El domador y Chirivitas se aproximan hacia la jaula.

El león ruje hasta hecer estremecer las mismas piedras.

—¿Está V. siempre firme en su propósito?

—Siempre; mejor dos veces que una.

El león, echa otro mugido terrible, y enseña unos dientes capaces de mascar una piedra de sillería.

—¡A que entra! ¡A que no! Estos son los preliminares de la función.

—¡Entraré! exclama Chirivitas. ¿Por dónde se debe pasar?

—Por aquí.

—Aguarde V. un momento. Hay que tomar una precaución.

—¿Qué precaución es esa? preguntan los espectadores, figurándose que va á pedir un vaso de ajeno para entrar en apetito y comer el león.

—Hé convenido entrar en la jaula del león, contesta Chirivitas, pero no hemos convenido de que el león había de estar dentro; que hagan salir la fiera y luego entraré.

Al oír esto, la multitud empezó á vociferar y á tirar los bancos en medio del circo. Chirivitas salió con su sombrero muy estropeado y se vió obligado á salir precipitadamente, so pena de verse estropear también la cabeza; la serpiente, saliendo de su letargo, levantó la cabeza á través de las mantas y empezó á silbar; el león, viendo que perdía la ocasión de comerse un caballero que pagaba muchas contribuciones, unió sus formidables acordes con los de aquella multitud; el domador, temiendo la *gorda*, fué á esconderse en el palco ex-real: en el exterior, la murga entonaba el himno de Riego.

Chirivitas pudo escapar milagrosamente de las manos de los espectadores y se dirigió hacia la fuente Castellana. Encontró á la criada del dueño de la casa en que vivía, quien estaba llorando porque el cabo Pinchalaiva, su paisano, le había enviado un recado por un compañero suyo de que no podría asistir á la cita diaria, por hallarse arrestado durante tres días.

Hé aquí el percance de que había sido víctima el desgraciado Pinchalaiva.

—Cabo primero, había dicho el sargento, el señor teniente vendrá á pasar revisión dentro de una hora. Cuidar que todos los soldados hayan mudado de camisa.

—Muy bien, sargento.

Pero ninguno de los individuos tenía camisa limpia. Un cuarto de hora después vuelve el sargento y ve que su consigna no ha sido ejecutada.

—¡Diga V! cabo Pinchalaiva, ¿es así cómo se me obedece?

—V. dispense, mi sargento, contesta Pinchalaiva, es que no tenemos camisa para mudar.

—Entonces debían Vds. haber cambiado de camisa entre sí.

Y el sargento había arrestado al pobre cabo durante tres días.

Mientras la criada se lamentaba, los dos niños que estaba encargada de pasear, estaban regañando.

—Devuélveme mi peonza, decía uno.

—No quiero, contestaba el otro.

—Pues si no me devuelves mi peonza, te la tiro á la cara.

Esa sencilla contestación recordó á Chirivitas las palabras de un cazador amigo suyo: la perra se ha marchado; si no vuelve, la pego una paliza...

Mas lejos, Chirivitas encontró á un amigo suyo que estaba llorando con motivo; acababan de enterrar á su mujer.

—¡Vamos, ante todo hay que ser hombre! Por mas que llores, esto no la hará resucitar.

—¿Qué quieres? respondió el viudo, tengo un genio tan impresionable, que un nada me hace llorar.

—¿Tenía buen genio tu mujer?

—¡Pst! como las pequeñas deudas.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Chirivitas extrañado.

—No sabes que las mujeres son como las deudas? las mas pequeñas, son las que mas chillan.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS DE UN BEBEDOR.

Acabo de saborear la última gota de una botella de Málaga: empieza á despejarse mi cerebro y mi vista. Veo claro, tan claro, que poseo doble vista. Dirijo mi vista á mi biblioteca y leo los volúmenes sin necesidad de abrirlos.

Pero el dulce néctar de Málaga juguetea en mi cerebro, y dirijo mi vista hacia las páginas de los libros en que, distinguidos escritores, se han ocupado de la inmortal invención del divino Noé.

Y uniendo mis reflexiones á las suyas, de cuándo en cuándo, allá van nuestros pensamientos (los de los autores, los míos y los de... la botella vacía.)

El hombre se distingue de los seres irracionales en que bebe *vino*. Esta reflexión es mia y vengan filósofos á decirme que miento. Y si me arguyen con el loro, les diré que el loro no bebe vino, lo come con pan. Hé dicho.

El agua, propiamente dicho, no existe; lo que conocemos bajo este nombre, es un vino blanco muy echado á perder.

En la escala botánica la parra es el primer arbusto de la creación. Ella fué causa de que Adán encontrase un vestido y de que á Noé se le encontraran desnudo.

El *vino* tiene ideas, puesto que las inspira: bajo este punto de vista, puede decirse que una copa es el *cráneo* en que piensa el vino.

Algunas veces suele inspirar el vino á un solterón recalcitrante la idea del matrimonio. Esto solo sucede con los vinos de mala calidad.

Junto al trigo, el gorrion; junto al tomillo, el conejo; junto al frutal, el mirlo; junto á las uvas, la mona.

Si entre el odio de dos enemigos colocamos una botella, tendreis una reconciliación. Pero si entre dos antiguos amigos se interpone media docena de copas, presenciareis quizás una catástrofe.

Una taberna es una jaula de monos que buscan monas.

Cuando entro en una bodega, creo entrar en una biblioteca. Cada tonel es un volumen; estos volúmenes tienen, como los libros, sus títulos. Con esto pasa también lo que con los libros; los mas antiguos valen mas. Y que estos volúmenes son altamente instructivos, lo prueba la afición con que los estudian los sabios.

El vino es por naturaleza susceptible y pundonoroso. Así es, que ofendido porque los pies del hombre le pisan en su primer estado, huye de ellos y se sube á la cabeza.

Hé aquí ahora un fenómeno digno de estudio. Yo, que únicamente bebo vino, cuando lloro... lloro agua. Propongo este absurdo á la superior inteligencia de las academias científicas.

Para mí, sin embargo, se explica fácilmente. Es la prueba de que los taberneros aguan el vino.

Si las mares fuesen de vino, cada año había muchas leguas mas de tierra.

Hay un crimen mas execrable que el robo en cuadrilla; el de mezclar el vino con agua.

El *oidium* es la erisipela de las uvas.

En tierra de cristianos todas son turcas.

Un vaso de cerveza es un puñado de cebada. Los asnos la comen y los ingleses la beben.

Beber ajeno es falsificar el hambre.

Beber es vivir: con que, así pues, vamos viviendo es decir, bebiendo.

C.

LA PRIMAVERA.

El día 20 del presente mes, estando el sol en Aries, ha empezado la primavera. Esta estación, la mas bella y la mas clemente de todo el año, nos hará sentir, según las predicciones arqueológicas, los últimos rigores de un invierno tardío. Sin embargo, saludémosla, porque nos trae las flores con su perfume embriagador, los pájaros con su dulce gorgéo, las ondas puras del arroyo con su murmurio encantador, porque estas dádivas de la naturaleza, en todo su esplendor, unidas con los rayos templados de un sol vivificante, recuerdan al anciano los bellos años de su juventud, y llenan de goce y animación los juegos infantiles.

PASCUA:

PUERTA DE LA IGLESIA

DURANTE LA MISA.

Los tipos que representa este grabado, son exactamente los mismos que los del grabado inserto en nuestro número tercero, bajo el título de *Miseria y resignación*.

Al ver esa multitud, tan profundamente recogida en la oración, tan penetrada de la sublimidad del sacrificio que se cumple ante sus ojos, que se arrodilla sobre la tierra, fría aún, porque ya no hay sitio en la iglesia para recibirla, ¿no adivináis una gran solemnidad, la Misa el día de Pascua?

Hoy día la fiesta de Pascua ha decaído muchísimo; en las grandes ciudades no se parece mas que á un domingo ordinario. Lancemos una mirada retrospectiva, y veremos que hace poco tiempo aún esa gran fiesta se celebraba por espacio de tres días. La Iglesia estaba enteramente tapizada de arbustos y flores. El perfume de las flores mezclado con el humo del incienso; exaltaba quizá un poco el cerebro de los fieles, inducía quizá un poco al éxtasis; ¡pero eso dejaba tan grato recuerdo!

En algunas partes decían *Pascuas floridas*, y la sola palabra de Pascua nos hacía efectivamente entrever en un dulce sueño un mundo entero de flores; flores sobre el altar, flores sobre la chimenea, flores á la cabecera de la cama, flores en el jardín, flores sobre nuestro camino, flores á la orilla de los arroyos, flores en todas partes.

La poesía que respiraban las solemnidades religiosas de antaño, ha desaparecido completamente, arrastrada quizás por la marcha del progreso y por el materialismo demasiado afectado de los ministros del Dios Todopoderoso. Buscad esa grandeza en nuestras ceremonias, todo será en vano; para encontrarla tenemos que trasladarnos á un país que no es el nuestro, y asistir á las solemnidades de una iglesia que nos es enteramente ajena.

VITE-CELOM.

EL CAPITAN ERRADIO,

ó
QUERER NO ES AMAR.

—Después de una estancia de quince días en esta



LA PRIMAVERA.

capital, nos hicimos á la vela con dirección á Europa, sin tener puerto determinado.

Parece ser que nuestro armamento en Nueva-York, había un tanto escitado la desconfianza del cónsul español, y este había dado cuenta á su gobierno de sus temores. El siguiente incidente justificó mis sospechas.

A los dos días de nuestra salida de Montevideo, me estaba paseando una mañana sobre cubierta, conversando con mis oficiales, cuando de pronto el timonel gritó: una vela al N. E. En seguida me hice traer mis anteojos de larga vista, y los asesté en dirección del objeto nombrado.

—¡Ah, ah! ya estaba seguro de ello.

—¿Qué buque es? preguntáronme mis oficiales.

—No distingo pabellón ninguno por efecto del temporal; pero, en todo caso, haced la llamada, que abran el pañol de las pólvoras y cuidar que á su debido tiempo se haga el zafarrancho del combate.

—V. Ortega, haga aparejar las bonetas; quiero saber pronto lo que tenemos que hacer con ese pescado.

En un momento todas las velas quedaron izadas, y

la corbeta se inclinaba y volaba como una golondrina.

Al ver que todo estaba preparado y cada hombre en su sitio, bajé á mi camarote, cogí una espada turca montada á la española, pasé un par de pistolas á mi cintura y volví á subir sobre el puente.

El oficial de guardia me había prevenido que estábamos á tiro de cañón de la vela.

—¡Asegurar el pabellón con un cañonazo á pólvora! exclamé.

El estampido del cañón respondió al mando, y me quedé los ojos fijados sobre el interpelado. Disipado el humo de la pólvora, pude enterarme de una ojeada de que clase era el enemigo que se presentaba.

Era este un gran bergantín estrecho, atrevido y esbelto.

Esperé cinco minutos. No recibiendo contestación ninguna, renové mi pregunta, pero esta vez con bala, que produjo mejor efecto. Efectivamente, vimos izar despacito en el gran mastil una bandera con fondo encarnado.

La bala había penetrado en el flanco; el bergantín bajó alas, pairó como por encanto, y una lancha se destacó con dirección á la corbeta. Un caballero, vestido de paisano, subió listamente á bordo y me dijo en mal inglés.

—¿Puedo saber, capitán, en que podría serle útil?

—Ha tardado V. mucho en hacer izar su bandera; le hice observar.

—Capitán, contestóme, estaba durmiendo, mi ayudante está malo, y antes de haberme podido hacer obedecer por esos brutos, y señaló á sus marineros, ha pasado justo el tiempo de recibir una de sus balas, hizo un saludo, mi escano.

—¿Es V. inglés?

—Sí, vecino de Folkstone, para servir á V.

—Demasiado comprendí que me engañaba, pero no

hice caso de ello, y añadí:

—¿Trae Vd. sus papeles?

—No, pero, si quiere Vd. tomarse la molestia de pasar á mi bergantín, podrá V. revisarlos.

—Sarija, encárguese Vd. de esta comision.

Un silbido retumbó, y la canoa mayor, armada en guerra, montada por ocho marineros y mi teniente se dirigió hácia el bergantín.

Tan pronto como pusieron pié sobre la cubierta del bergantín, dejó este caer sus velas, desplegó todo, desde sus reales hasta las velas bajas con una prontitud y una precisión admirables, enmaró una de las amuras mas favorables para la celeridad, y empezó á huir con una velocidad prodigiosa, llevándose á mi teniente.

Mi primer movimiento fué el dispararle dos cañonazos, de los cuales solo uno le tocó en popa, y tan luego como estuvo izada nuestra canoa, empecé á perseguirle. La caza duró media hora, pero inutilmente; el bergantín nos devolvía las gabias.

Mas tarde, supe que este bergantín estaba encargado de vigilarnos, y que mi teniente había sido pasado por las armas por traidor y corsario.



PASCUA: Puerta de la iglesia durante la Misa.

Como mi objeto no es el contarle hechos marítimos, me limitaré á decirle que en la travesía que duró cerca de dos meses, por varias estaciones que hicimos en algunos puertos de las costas africanas y de las islas del Mediterráneo, destruimos tres buques de menor tamaño, entre ellos dos españoles, lo cual me permitió completar el armamento de la *Pantera*.

Al atravesar el estrecho de Gibraltar, mi proyecto era de alcanzar hasta el mar Negro, haciendo escala en Constantinopla, donde llegamos muy felizmente.

De todos los monumentos que visitamos en la capital del imperio otomano, el mas notable y mas digno de referir es el serrallo.

El serrallo antiguo se extiende en la estremidad de la parte turca de Stambul.

Se piensa que él solo ocupa todo el terreno que comprendía la antigua Bisanza. Su estension es de tres millas aproximadamente. Sus limites son: por un lado la mar de Mármara, por el otro el Cuerno de Oro y las aguas de Bósforo vienen á batir su punta.

Desde sus kioscos, escondidos entre las ramas de los árboles gigantescos que encierra su recinto, se ven pasar todas las velas que bajan hácia el mar Negro, ó suben por el mar de Mármara, y que doblan forzosamente esta punta, mientras que, misteriosamente ocultos tras los cipreses y los plátanos, los domos, los minaretes, las arcadas, las agujas doradas, no dejan percibir al viajero mas que sus cimas resplandecientes de vivos colores.

Desde la ciudad se entraba en el serrallo por una puerta maciza, Bab-Humajun (la Sublime-Puerta), de donde el gobierno tomaba su denominación. Se sabe que antiguamente era costumbre hasta en Occidente el rendir justicia en la puerta de las casas; en Oriente, las grandes ceremonias se efectúan todavía á las puertas de los palacios.

Casi enfrente de Bab-Humajun está situada Santa Sofía; una fuente deliciosa de un gusto turco-pérsico, llama un instante la atención del viajero. En Oriente, país en que el agua es una necesidad religiosa, las fuentes son siempre unos monumentos, y si en el desierto mismo percibe V. una cúpula sostenida por columnas ó pilares, puede V. estar seguro de que es una fuente, ó una mezquita, ó bien la tumba de un santón venerado.

Por ambos lados de la primera puerta se extienden fuertes murallas almenadas, accidentadas de torres y limitadas por las olas del Cuerno de Oro, del Bósforo y de la Propontida.

Penetramos en un largo patio plantado de árboles, dejando á la izquierda la iglesia de Santa Irene, convertida en sala de armas y en museo de antigüedades.

Los guías se extasian ante un casco griego muy comun, que tiene, segun dicen ellos, la forma del casco de Minerva. Esta antigüedad no tiene, sin embargo, ni la forma, ni la cimera del casco convencional que el estatuario da á la diosa de la guerra. Lo que los guías no mencionan, y que es muy digno de atención, es una de las cabezas de serpiente del tripode del templo de Apolo, en Delfos.

Esa cabeza de bronce, con ojos y dientes de plata incrustada, ha sido encontrada al pié de la columna de bronce del At-Meidan, gran plaza de Stambul. Esta columna, que tiene la forma de tres serpientes enlazadas, es el tripode sagrado, el mismo que ha sido testigo de tantos oráculos. Es este un monumento único por su fecha como por su estilo, y que se debería salvar de las intemperies del tiempo.

Generalmente se acusa á ese país de estar en retraso sobre las demás naciones; pero es necesario hacerle mas justicia, y puedo constar que, además del museo de antigüedades y del museo de armas de Santa Ire-

ne, posee Constantinopla otro muy interesante, que ningun gobierno europeo ha imitado aún. Es este el museo de los trages, en que se encuentran reunidos sobre unas estatuas hechas con gran esmero, todos los trages antiguos del imperio. Esos trages son completos y comprenden hasta las armas de cada individuo representado. Además, están agrupados; esos personajes forman varias escenas é inician al viajero á sus usos y costumbres y á sus movimientos. Segun eso, ví que nosotros nos hacemos unas ideas *enteramente falsas* de la religion musulmana para la representación de los objetos animados.

Dejando á la izquierda la Moneda y ese curioso museo, llegamos á la segunda puerta del serrallo.

Ahí es donde se exponían las cabezas de los desgraciados, de los criminales, de los rebeldes, mientras arrojaban su cuerpo en la mar de Mármara, por una tabla inclinada que aún existe.

Tras esa puerta habia un jardín en que estaban situadas las habitaciones y las salas de estudio de los icoglanes ó pajes del serrallo.

Lucen estos un traje encarnado bordado de oro. Su sombrero, que viene á tener la forma de los de nuestros ingenieros, pero sin visera, está adornado en su parte superior con un penache enorme, de color blanco, verde y rosa. Andan á pié con sus alabardas, y en los dias de ceremonias se colocan al rededor del Sultan, de modo que con su penacho le ocultan enteramente á la vista de la multitud. Antiguamente el padischá no se dejaba ver nunca en público, y se manifestaba á su pueblo solo por su presencia detrás de una ventana perfectamente enrejada.

Ahí están tambien las habitaciones de los demás oficiales del serrallo [y del harem, términos que confundimos fácilmente y que son tan diferentes. Los eunucos negros y los eunucos blancos, forman la servi-

dumbre, ó mejor dicho, son los jefes del harem. Allí pudimos ver tambien al enano del Gran Señor. Este enano me recordó perfectamente el de Felipe II, Miguel de Antona. Lucía con gran convicción el traje de capitán general y el gran cordon del Medjidié; disfrutaba del permiso de manifestar su parecer, y abusaba bastante de él.

Llegamos despues á una tercera puerta. Ahí es donde se celebraban las ceremonias, besamanos, etc. Ahí vimos la ceremonia del Curbon-Beiran. El sultan estaba sentado en un divan cubierto de tejidos de oro. Los funcionarios, dispuestos en círculos, en los jardines, vinieron, segun su clase, á besar unos su túnica negra (especie de gaban que el sultan se pone sobre su rico uniforme bordado de oro y de diamantes), otros, su pantalon á lo cosaco, de raso blanco con banda de oro, sus botas de charol, ó en fin, los de una posicion inferior, el paño de oro que caia por ambos lados del sofá.

Desde esta puerta se penetra en el harem, y entonces empiezan los encantos. En medio de inmensos ramos de rosas y de jazmines, bajo un cielo de turquesas, enfrente de unas paredes de verdura, limitadas al horizonte por los cerros dorados del Asia, la vista ahogada vé surgir por doquiera que se fije, una multitud de pabellones de mármol y de maderas preciosas, un sinnúmero de surtidores, escaleras de alabastro y todas las maravillas de las *Mil y una noches*. Pero cuánta gracia, cuánto capricho en la decoración de esos jardines y de esos palacios! Un clima encantador viene á añadir su dulce influencia á todos esos encantos. El cuerpo se encuentra satisfecho por un suave calor, la belleza de un dia resplandeciente colorea la imaginación, y todo cuanto se vé se refleja á través del prisma de esa doble satisfaccion del cuerpo y del alma.

Estos kioscos, esparcidos en el jardin, contenian una biblioteca cincelada como un cofre precioso, salones decorados con pinturas *italianas* de un estilo bastante dudoso, salas de baños y la sala del trono de los antiguos sultanes.

En una pieza cuadrada, ricamente adornada con esos maravillosos azulejos esmaltados que no se ha llegado hoy dia á imitar, y con arabescas doradas, se levantaba en un rincon una especie de cama con baldaquino: era el trono. Las columnas, el domo de metal, desaparecian bajo las piedras preciosas. Una ventana con rejas doradas se habria contra la pared, bajo ese palio era por esa ventana que los embajadores veian al sultan, sin penetrar nunca en la misma habitacion que Su Alteza. Ya debe V. conocer el humillante ceremonial que, durante tantos siglos, hicieron subir los orgullosos conquistadores musulmanes.

El camarero mayor se adelantaba hacia el trono y decia al padischá: «Effendimiz, no me hagas cortar la cabeza y permíteme de hablar: el perro de los perros de tu muy humilde servidor, está ahí, en la puerta, desnudo y hambriento.»

El Sultan contestaba: «Que le vistan y que le den de comer!»

Entonces el camarero mayor se volvia con el embajador, que esperaba en una habitacion inmediata, le hacia vestir una túnica de raso blanco bordado de oro con forros de pieles, le ponía un turbante en la cabeza y le daba de comer en vajilla de oro, la que se llevaba despues consigo, al despedirse.

Concluida la comida, el camarero mayor iba á avisar al sultan que el perro de los perros dè su servidor, vestido y harto, queria darle las gracias y la audiencia estaba concedida. . . . por la ventana.

En las habitaciones del harem se enseñaba á los viajeros un armario de cristal en que se hallaba un recuerdo de cada sultan. Eran estos, sables, puñales, cartucheras, pistolas cubiertas de pedrerías. El sultan Mahmud, gran escritor, habia hecho donativo á ese pequeño museo, de su tintero de oro cubierto de diamantes. Cuando abrieron las cortinas de púrpura que ocultan el armario, me quedé, deslumbrado al ver tanta riqueza.

Nos enseñaron tambien en el serrallo las llaves de Constantinopla, entre las cuales se hallaban las de oro de la Bizanza de Constantino. De tanta riqueza no queda hoy dia mas que un poco de ceniza, desde el incendio de 1833.

El harem del antiguo serrallo, abandonando desde la erección de los palacios de tcherasan y de mármol sobre el Bósforo, no estaba ocupado sucesivamente mas que por las mujeres de los difuntos sultanes. Cuando ocurrió el incendio, las mujeres de Abd-ul-Medjid le ocupaban, y los eunucos se opusieron á todo socorro que hubiera hecho violar por la multitud el santuario respetado. Sin duda á esta circunstancia se debe la entera destruccion de un monumento cercado de aguas por tocas partes, y cuyos jardines estaban llenos de estanques y cascadas. Y sin embargo, esa púdica ceguedad es un símbolo: es la obstinacion del islamismo, que prefiere perecer mejor que deber su salud á Europa.

Recorriendo un dia con mi estado mayor las calles de la capital del imperio otomano, desembocamos en la plaza donde tenia lugar el mercado de los esclavos. Al acercarme á una multitud formada en círculo, pudimos ser testigos de una de esas ventas tan asquerosas como extraordinarias. Los esclavos griegos se vendian á los mismos precios en que se pagan en España los bueyes para el matadero, ó los caballos para una funcion de toros.

El último esclavo que se puso en venta, era una jóven griega de unos diez y ocho años de edad, y de una belleza admirable.

—¡Pobre Fatmé! interrumpió Erradio, al par que dos lágrimas corrian sobre sus mejillas.

Los debates fueron largos; continuó. Admirado de su belleza, resolví arrancar esa jóven de las manos de esos inobles judíos.

Ofrecí mil duros por ella.

—¡Dos mil! dijo un viejo mahometano, que estaba á mi lado.

ALBERTO MONTAUD.

(Se continuará.)

A LA INSPIRACION.

Ya de la selva umbrosa
No encantan la estension los ruisñores,
Ni el agua bulliciosa
Se desata abundosa,
Chispas de luz brotando y de colores.

(ZEA.)

Surge del genio audaz y prepotente
La luz deslumbradora,
Imágen de otro sol tan esplendente
Cual le anuncia la aurora.

No ilumina en los prados la verdura
Ni en el jardin las flores,
Ni al caminante, de la noche oscura,
Libran sus resplandores.

Ni aparecen con tintas caprichosas
Los colores del cielo,
Ni llamas dá, ni luces deleitosas,
Que alumbren nuestro suelo

Su vida, su dominio y su grandeza
Iluminan el alma,
Y donde quiera que su brillo empieza,
Nos ofrece una palma.

Tal es la inspiracion: rayo fecundo
Que al universo abraza,
Que traspasa los límites del mundo
Y á Dios y el hombre enlaza.

Diríjese á ensalzar nobles acciones
Su fuerza y poderio,
Son: *valor y verdad* siempre sus dones,
Y le dan mayor brío.

Do quiera sienta la virtud su planta,
Allí empieza su vida;

Do quiera el genio la cerviz levanta,
Muéstrase embellecida.

En solitaria y silenciosa selva
Halla encanto y placer;
Con su aliento y su influjo hace que vuelva
La vida á renacer.

En el murmullo del arrollo manso
Ó en borrascoso mar,
En la nave ligera, en el descanso
Del hombre al caminar.

Halla la inspiracion fuego y aliento,
Entusiasmo y vigor;
Fecundos manantiales el talento
De gloria y esplendor.

Aparece en los orbes una idea,
Del genio una conquista,
Y un monumento con su influjo crea
Que á los tiempos resista.

Cuando descubre al proceder humano
Una accion levantada,
Fuera el hacerla enmudecer en vano
Por quedar ignorada.

Y al pulsar el poeta de su lira
Una sonora cuerda,
Grande es siempre el motivo que la inspira
Y que al mundo recuerda

Ya la virtud con su hermosura intente
Al hombre hacer sentir,
Ó ya del vicio la fatal pendiente
Se proponga seguir.

Y esculpe con su pluma y eterniza
El arte y el ingenio,
Y en el verso armonioso simboliza
El carácter del genio.

La hermosura, el amor, las ilusiones
Que la mente forjó,
Las mas gratas y dulces impresiones
Que el alma recibió,

Las acoje en su seno, forma de ellas
Armoniosos cantares,
Que son como las límpidas estrellas
En los oscuros mares.

Y cuando ya del hombre la existencia
Ha roto la cadena,
Cuando gloria, valor, virtud y ciencia
Son ya frágil arena,

Con espresion dibújanos sombría
El cuadro del no sér,
Y aun el silencio de la tumba fria
Pretenderá romper.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

SOLILOQUIOS AMOROSOS

DE UN ALMA Á DIOS.

Traducidos del latin por LOPE DE VEGA.

(Continuacion.)

¿Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!
Lejos anduve de Vos,
Hermosura celestial;
Lejos, y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
Antes de ahora, sería
Ver que seguro os tenia,
Porque estábades clavado.

Que á fé que si yo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primero que me perdiera.
¡Oh piedad desconocida
De mi loco desconcierto,
Que á dónde vos estáis muerta
Esté segura mi vida!

Pero ¡qué fuera de mí,
Si me hubierades llamado
En medio de mi pecado
Al tribunal que ofendí!
Bendigo vuestra piedad,
Pues me llamais á que os quiera,
Como si de mí tuviera
Vuestro amor necesidad.

Vida mia, Vos á mí
¿En qué me habeis menester,
Si á Vos os debo mi sér,
Cuánto soy y cuanto fui?

¿Para qué puedo importaros,
Si soy... lo que vos sabeis?
¿Qué necesidad teneis?

¿Qué cielo tengo que daros?
¿Qué gloria buscáis aquí?
Pues sin Vos, mi bien eterno,
Todo parezco un infierno:

¡Mirad como entraís en mí!
Pero ¿quién puede igualar
A vuestro divino amor?

Como Vos amais, Señor,
¿Qué serafín puede amar?

Yo os amo, Dios soberano,
No como Vos mereceis,
Pero cuanto Vos sabeis
Que cabe en sentido humano.

Hallo tanto que querer
Y estoy tan tierno por Vos,
Que si pudiera ser Dios
Os diera todo mi sér.

Todo el alma de Vos llena
Me saca de mí, Señor....
Dejadme llorar de amor,
Como otras veces de pena.

IV.

De mi descuido, Señor,
Dicen que teneis cuidado;
Pues si á Dios cuidado he dado,
¿Cómo no le tengo amor?

Yo pensaba que os amaba
No mas de porque os queria:
Quien tales obras hacia
Lejos de amaros estaba.

Deciros amores yo
¿Qué importa en tantos errores?
Obras, Señor, con amores,
Que buenas palabras, no.

¡Ay, Señor! ¿cuando seré
Tal como vos deseais?
Si no os amo y vos me amais,
De mí y de vos ¿que diré?

Diré de vos, que sois Dios,
Y de mí, que no soy hombre,
Que aun no merece este nombre
El que no os conoce á vos.

¡Ay ciegos errores míos!
Abridme, Señor, los ojos,
Para ver vuestros enojos
Y entender mis desvarios

Dadme bien á conocer
Lo que vá de Vos á mí;
No miréis á lo que fui,
Sinó á lo que puedo ser.

No me escondais vuestra cara,
Cristo, Juez soberano:
Clavada teneis la mano,
Y á las espaldas la vara.

Cuanto mi pecado admira,
Templa el ser Vos el remedio:
Poned vuestra cruz en medio
De mi culpa y vuestra ira.

Si estais, mi vida, enojado,

Y sois fuerte como Dios,
Dejadme esconder de Vos
En vuestro mismo costado.

Mas si lo que Job respondo
Y ha de guardarme el infierno,
¿Cómo yo, mi bien eterno,
En vuestro pecho me escondo?

Mas dejadme entrar allí,
Que si allí me hallais, mi Dios,
Lastimaros fuera á Vos
El no perdonarme á mí.

Vida de toda mi vida,
No de toda, que fué loca;
Pero vida desta poca
A Vos tan tarde ofrecida.

Veisme aquí, dulce Señor,
Enamorado, y corrido
Del tiempo que no he tenido
Á vuestra hermosura, amor.

Queredme, pues tanto os quiero,
No aguardéis á que mañana
Me vuelva ceniza vana,
Que lleve el viento ligero.

Que si entonces me buscáis,
Por dicha no me hallareis,
Pues que Vos solo sabeis
El término que me dáis.

Siendo tan fiera mi culpa,
Parece que os hago fieros;
Perdonad si es ofenderos
Daros la vida en disculpa.

Vos sabeis su brevedad,
Y yo sé que os ofendí;
Vos sabeis lo que hay en mí,
Y yo sé vuestra piedad.

No por tener confianza,
Mas porque la fé me muestra,
Que en la misma sangre vuestra
Se ha de poner la esperanza.

Si no templais los enojos
Tomad, Señor, entre tanto
Este presente de llanto
En el plato de mis ojos.

V.

Dulcisima vida mia,
En quien la inmortal está,
Por quien vivo, y por quien ya
Morir mil veces querria.

Cuando en esa cruz os miro,
Puesto que tantas se os ven,
No teneis llaga, mi bien,
Que no me cueste un suspiro.

Queda el sentimiento en calma
Del consuelo que procuro,
Porque pienso que las curo
Con el aliento del alma.

Entristézcome de suerte,
Que á veces, Señor, quisiera
Que un ángel por Vos muriera
Por no sentir vuestra muerte

Mas luego vuelvo, mi Dios,
A pensar que me obligara
Tanto, que me enamorara,
Como yo lo estoy de Vos.

Mejor es que á Vos os deba,
Dulce Jesús, tanto amor,
Aunque ver vuestro dolor
A tanto dolor me mueva.

Cuando niño, os contemplaba
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me alegraba;

Mas hombre, y hombre tan malo
Que no haceis ley que no quiebre,
Yo no os busco en el pesebre
Sinó clavado en un palo.

Cuando vuestra Madre sale
Con tal *Agnus* por joyel,
No hay rosa, lirio y clavel
Que vuestra hermosura iguale.

Mas cuando, Cristo amoroso,
De la cruz pendiente os ven,

Como me haceis mayor bien,
Me pareceis mas hermoso.

Porque con esas corrientes
Y llagas dulces y hermosas,
Todo sois lirios y rosas,
Todo jardines y fuentes.

Que esas espinas divinas
Son para enseñar, mi Dios,
Que aunque sois jardín, en Vos
Se ha de entrar por las espinas.

Pues dejadme entrar, Señor,
A cojer rosas tan bellas,
Descanse el alma con ellas,
Que se desmaya de amor.

Causais amor tan profundo
Muerto de amores, mi Dios,
Que envidio los que por Vos
Parecen locos al mundo.

No hay amor, no hay voluntad
En cuantos el mundo admira,
Porque todos son mentira,
Y solo amaros, verdad.

Dulce Señor de mi vida,
Es vuestra lumbre tan cierta,
Que en llegando á vela muerta
Queda por Vos encendida.

Rebelde estuve primero,
Y en ofenderos constante;
Mas ya labré mi diamante
La sangre de ese Cordero.

No le tengais en prision,
Dad lugar, ¡oh cruz suave!
A que los brazos desclave,
Para que me dé perdon.

Que pienso, aunque le ofendí
Con tanta mortal flaqueza,
Que ha bajado la cabeza
Para decirme que sí.
Pero dejadme llorar,
Que aunque habeis por mí pagado,
Ya para el menor pecado,
Me parece corto el mar.

VI.

Ojos ciegos y turbados,
Si pecados son venenos,
¿Cómo estais claros y buenos,
Después que llorais pecados?

Si mis pecados llorais,
Que el alma lavar desea,
Y es una cosa tan fea,
¿Cómo tan claro estais?

No sé qué sienta de Vos,
Que después que habeis llorado
Tan claros habeis quedado
Que os ásteis mirar á Dios.

En la cruz debió de ser
Donde su costado aplica
El agua, que clarifica
Los ojos que la han de ver.

Y aunque por lanza sacada,
No es lance que merecísteis,
Pues siempre que le ofendisteis
Le disteis otra lanzada.

Mas yo los tengo, Señor,
En dos mares anegados;
Ya lloran por mis pecados,
Ya lloran por vuestro amor.

Si por miraros lloraron,
Echo de ver que tambien
Por ellos gané mi bien,
Pues que llorando os hallaron.

Llorar por satisfaccion
De mis culpas, justo es,
Pero tiene el interés
De conquistar el perdon.

Que las lágrimas que van
Á vuestra sangre divina,
Saben correr la cortina
De los enojos que os dan.

(Se concluirá.)

SECCION AMENA.

Un cura de un pueblo participaba desde el púlpito á su auditorio el sacrilegio que se habia cometido en aquella iglesia, robando los candeleros que habia en el altar mayor.

El padre cura repitió con frecuencia:

—¿Quién habrá robado los candeleros?
¿Quién los habrá robado?

—Yo lo sé, *pade*: dijo un muchacho de corta edad.

—¿Quién ha sido, hijo mio? Dílo, que de esa boca de ángel solo puede salir la verdad. Dílo.

—Los ladones...

* *

El otro día iba yo muy preocupado por la calle, cuando me encontré con dos neos.

—¿Qué tal? me preguntaron.

—Yo bien, ¿y V. D. Canuto? ¿Y V. don D. Gil? les dije.

—Vamos tirando.

—¿De qué? repliqué yo distraído.

* *

Esplicacion.

—Mi sargento... si me hiciera osté er favó... pues... es er caso que ni aquí er compañero ni yo, sabemos lo que senefica una palabra que dice hoy er diario. (El sargento con aire de suficiencia.)

—¿Qué palabra es?

—Mi sargento, la palabra *poligamia*. (El sargento indignado.)

—¡Hombre! ¡Está güeno! No sois mas que dos idiotas

de sordaos rasos, ¿y ya quieren Vds. entender de política.

* *

Hubo en una ocasion un crítico maniático que defendia la singular doctrina que la prosa, para ser



LOS TOROS.

Estoy escribiendo, te Encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios, primero, y luego á don Roque, el médico que me ha Sacado libre de la Ultima sofocacion.

Sofocacion que, si bien Se mira, se debe á tu Terquedad maldita en Mostrarte ingrata con quien Te quiere mas que al Perú.

LOS TOROS.

¡A los toros! ¡a los toros!

Ya murió la típica calesa con su caballo empenachado, con sus ruidosos cascabeles y su desenvuelta manola. Ahora es preciso contentarse con el ómnibus. Pero la animacion y el entusiasmo no ha muerto. Es funcion nacional y el pueblo español parece hoy mas que nunca apegado á alguna de sus tradicionales costumbres.

La plaza se llena; el bullicio y el jaleo se aumentan; sale la cuadrilla y vítores y aplausos los reciben; sale el toro, y mata caballos y da sendos revolcones y porrazos á los picadores, que parecen de

hierro colado; le cuelgan banderillas y le despachan de una ó varias estocadas, y luego sale otro y otro hasta seis, y diversos lances, varias emociones entretienen al público que grita, chilla, insulta, come naranjas y sale de la plaza decidido á volver á la otra corrida.

Imprenta de Nogueras, Bordadores, 7.



El inventor del Aceite de Bellotas

AL PUBLICO EN GENERAL.

Cuando un capital de tiempo, desvelos y dinero ha constituido la obra que el individuo se propone, da derecho á su propiedad; todo plágio ó falsificacion se considera como un robo. El *Aceite de Bellotas* de mi invencion, para los cabellos, «que mas de 200 periódicos han recomendado,» se ha tratado de falsificar, haciendo groseras composiciones, plagiando mis etiquetas, imitando mis frascos, etc., etc.

A la humanidad entera diré, que el secreto de fabricacion y materias que componen este precioso cosmético medicinal no ha sido revelado á nadie, absolutamente á nadie: desconfíese por lo tanto del que no se venda en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, (frente al Pasage de Murga), almacen de la fábrica, á 6, 12, y 18 rs. frasco, único depósito en Madrid: mi nombre está grabado en las etiquetas y en los frascos: mis prospectos timbrados para conocer el legítimo, que es este, del falsificado.

A los falsificadores les aplicaré el soneto, en su parte relativa, que García Lopez dedica á los plagiarios:

«Ratero del Parnaso, bardo huero;
Petrarca en comision, sabio anarquista,
del divino jardin contrabandista
Judas del arte, sacristan de Homero;
Acólito del génio verdadero;
de ageno capital capitalista;
conquistador sin medios de conquista;

Moreto de carton, Tasso de cuero;
Detén tu audacia ya; de tu delito
se ocupan, rebuscándote un fracaso,
cuantos aman del arte lo infinito;
Y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado á las Musas por escrito
que haya guardia civil en el Parnaso.»

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo.

Nota. Desde 4.º de Marzo de 1869, se han adoptado nuevos frascos de cristal ingleses, de 20 por 400 mas de cabida, en obsequio al público que tanto nos distingue.

Dirigirse al nuevo almacen, calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal. Por mayor se hace 25 por 100 de descuento.

SIMARRO

y

compañia.



CALLE

DE LEON

n.º 30.

CHOCOLATES.

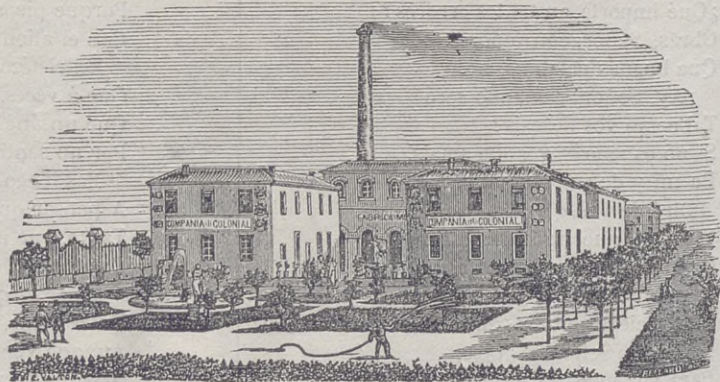
FÁBRICA MODELO

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.



CAFÉS, TÉS, TAPIOCA
DE TODAS CLASES.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20.—Madrid.

SUCURSAL, MONTERA, 8.

La administracion de este periódico ofrece á sus numerosos favorecedores hacerse cargo de toda clase de impresiones que se les ocurran, con una economía desconocida hasta hoy.

En la Administracion de este periódico se necesitan comisionados viajeros para provincias. Para tratar de condiciones dirigirse á la misma, calle de Prim, núm. 33.